

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

VARIEDADES

¿Qué darán en el Real esta noche?, es la interrogación dirigida a las siete de la tarde por medio Madrid al otro medio. Los carteles dicen *haches*; los diarios, la víspera ó de mañana, han dicho *erres*; y de seguro serán *equis* ó *sedas* lo que se cante por fin. Ha transcurrido una larga temporada — la temporada casi enterita — sin que ni por casualidad una vez se llegue a cantar lo anunciado. Se cuenta con *La Walkyria* y aparece *Carmen*; se espera *Lohengrin* y salta *La Africana*; se anuncia *Gonzalo de Córdoba* y se cae en buena *Sonámbula*... Lo peor de todo, que nunca es *mudarse por mejorarse*. Siempre el cambio se realiza en perjuicio del público: siempre se trata de que zampe culebra por anguila.

Aun cuando no fuese así, y la variación redundase en ventaja, no es buen sistema andar variando. Tal vez los empresarios de teatros no sabrán qué se entiende por *crystalización*. *Crystalizar* es prepararse al goce por medio de la fantasía, que lo anticipa y lo reviste de prismas brillantes. Cuanto mejor el sueño que la realidad, tanto es superior al recreo mismo el cálculo y la esperanza de un recreo seguro. Cada ópera tiene sus aficionados y partidarios; hay quien se deleita con Wagner y quien delira con Meyerbeer; hay quien saborea como confites las dulzurillas de *Sonámbula*. Ahora bien: el que ve en el cartel que le ofrecerán lo que prefiere, pasa las horas del día en un estado de grata excitación, figurándose que ya escucha las melodías predilectas, que ya resuenan en sus oídos las deliciosas notas. Al llegar y ver el cambio su decepción es grande, mayor que sería el gusto de la variación si ésta saliese a medida del deseo; porque se pierde la labor cristalizadora, la trama de la fantasía, rota en un momento.

Tantas fluctuaciones, tanta indecisión, responden a las mil y una dificultades con que se lucha cuando se quiere sostener el prestigio del Real sin cantantes de empuje. No parece sino que en el firmamento se han apagado las estrellas una por una. Ya nunca se electriza el público; á veces sisea impaciente. Ibós, el único que rompía la capa de hielo de la indiferencia, no canta, porque no le pagan, según dice, aunque la Empresa afirma lo contrario: que todavía la debe dinero el célebre tenor. Y en estas disputas, los *dilettanti* son los que se quedan sin el santo (Ibós) y la limosna (el importe del abono).

El santo, de espaldas al Real, está de cara á los demás teatros. *Cyrano de Bergerac* logra este año el favor que el año pasado monopolizó *La corte de Napoleón*. Contribuyen á atraer al público á *Cyrano* diversos motivos: decoraciones bonitas, lindos trajes bien adaptados á la época, animación y variedad de las escenas, gracia, petulancia y sentimentalismo del verso... Aquí donde se han escrito en verso tan bellos dramas, se ha adolecido siempre de servir el verso como se sirve el cocido en Castilla: sin adornos de ninguna especie, solo, completamente solo,

aislado, en largas tiradas declamatorias ó con interminables diálogos, sin que los ojos del espectador se recreen en nada que les distraiga y entretenga, sin que su imaginación se empape en el ambiente que corresponde á aquella poesía, á la manifestación oral de aquellos sentimientos. Suponed á un hombre *de ahora* asistiendo á una representación de *El Trovador* — en el cual hay *tela* para un éxito como el de *Cyrano*, pero *tela* que no se ha cortado ni plegado mañosamente — y figuraos que mientras oye á Manrique y á Leonor requebrarse y exhalar sus quejas, no ve en torno de esas dos aisladas figuras románticas nada del ambiente romántico también, nada de la compleja vida medioeval española; la dama viste vagamente como visten todas las damas de teatro, un traje que así puede ser del siglo xv como del xvii; el Trovador lo mismo; el convento tampoco tiene fisonomía propia, parece un *Sacré Cœur*; ni menos el campamento de gitanos, ni la corte de los reyes: hay en todo ello infinitos elementos pintorescos que no se han explotado, y que se deja á cargo del espectador adivinar, suponer ó fantasear, trabajo del cual se engendra inevitable fatiga. En vez de entretenerle, sorprenderle, deslumbrarle, se le obliga á que sin más ayuda de los sentidos que lo que entra por el oído — los versos, — se haga la atmósfera de ilusión en que es preciso alentar para sentir el entusiasmo lírico...

Dirán que es falta de respeto al genio pensar en que deben modificarse sus creaciones; pero yo sostengo que si se modificasen de la manera que dejo indicada, tendríamos aquí, refrescando nuestros lauros, muchos *Cyranos* que explotar. *El Trovador*, *Los amantes de Teruel*, *Traidor, infanado y mártir* ofrecen por metros esa *tela* de que antes hablábamos. Para hacer más comprensible lo que digo, voy á citar dos obras de nuestro teatro en las cuales se ha tenido en cuenta la atmósfera: estas dos obras son *Don Alvaro ó la fuerza del sino* y *Don Juan Tenorio*. Los actos del *aguadujo* y de la *venta*, el reparto de la sopa, en el drama del duque de Rivas; el acto de la hostería, el enredo de la reja, la escena con el escultor, etc., en *Don Juan*, animan y varían la acción, entretienen, ilusionan sin esfuerzo, y acaso se les debe, en gran parte, la popularidad y la vitalidad de ambos dramas románticos, que siguen gustando y atrayendo gente al teatro, lo mismo que en sus buenos tiempos. Otros dramas son muy hermosos literariamente considerados, y sin embargo derraman hielo; no se puede luchar con el frío que desarrollan. El modo de deshelarlos, yo lo sé; pero hablarían de sacrilegio... Respeto al templo, aunque lo veamos convertido en panteón.

Sucede con esos dramas algo de lo que con las óperas del antiguo repertorio: se ponen en escena con una especie de *qué se me da á mí*, dejando que los méritos de nuestro Señor Jesucristo, la fama literaria ó musical, convengan al espectador y le hagan tolerante con cuantas deficiencias y chapucerías se puedan cometer. En vez de considerar que la consagración de una obra obliga á respetarla, entienden lo contrario. Risa da ver cómo se presentan en el Real las obras clásicas. Antaño, *Dinorah* tenía su cascada de agua natural, cuyo ruido fragoroso y rústico se asociaba tan bien á la música del acto del puente roto. Ahora la hacen en seco. — Antaño, la cabrita era un precioso animalejo bien domesticado, blanco, pulcro. Este año sacaron una chiva negra, asquerosa. *La cerina caprettina* venía en derecha de algún desmonte de Vallecas. — Menudencias, se dirá. En arte escénico no hay menudencias. Importa todo.

¿Qué mas? Apenas estrenada *La Walkyria* ya se toman confianzas con ella. No hablemos del ridículo modo de vestir de la tiple, que sale de *Sieglinde* con corsé muy entallado y tacones Luis XV; pero el rayo de Wotan, que tronza la espada de Segismundo, ha sido suprimido por completo desde el primer día, y el descuido y negligencia son tales, que en la famosa *cabalgada* de las Walkyrias se ve cruzar las nubes á una guerrera con manto verde, y á los tres segundos, habiéndose mudado sin duda, aparece en escena con manto rojo. — ¿Qué será *La Walkyria* en el Real, dentro de dos ó tres años, cuando ya la tengan por vieja y como á vieja la abandonen?

En *La Africana* ya no hay decoración que viva: Nelusko nos cuenta que el barco debe virar, y el barco quieto. En *Roberto el Diablo*, suprimidos los fuegos fatuos, y así, poco á poco, se va dejando sin trufas el trufado de las óperas... y al espectador con la mitad de la ilusión solamente.

Ha desaparecido estos días del mundo de los vivos el general D. Romualdo Nogués, tipo muy español, muy castizo, muy original y asaz curioso — un objeto más para colección, siendo él un tenaz coleccionista. — Se le echará de menos, no sólo en alguna tertulia

de gente aristocrática, sino en esas otras tertulias pacíficas de dos ó tres aficionados, siempre los mismos, que á la caída de la tarde, en invierno, se forman alrededor del brasero barroco en alguna trastienda de anticuario. Nogués era un inteligente, no un aficionado antojadizo, de los que no saben á punto cierto lo que desean y adquieren. Era además coleccionista, especialista; compraba objetos de arte español, y había constituido una especie de museo histórico, en alto grado notable. Su rico monetario contenía una moneda de oro de peculiar interés para los españoles: dejemos la palabra al dueño: «Cuando en 1868 se trató de variar el tipo de la moneda, al encargado de hacer el dibujo para representar á España le prestó un coleccionista (era el propio Nogués) el *áureo* de Adriano con el reverso *Hispania*. De él copió la matrona recostada sobre montañas, con el ramo de olivo en la mano y el conejo á los pies. Olvidaron grabar el nombre de la nación á que pertenecía la moneda; después lo enmendaron y añadieron el peñón de Gibraltar. Por indicación del aficionado pusieron en el escudo las barras de Aragón y las cadenas de Navarra. Continúa el mismo, aumentado con las lises de los Borbones. En la confección de las nuevas armas de la patria, al numismático que intervino, reaccionario por quijotismo, corresponde una partícula de la gloria de la gloriosa.» La moneda romana del *soldado viejo* fué, pues, el modelo de los *perros chicos* y *grandes* que nos inundan.

Entre las genialidades de Nogués merece recordarse su obstinación en cultivar el fatídico número *trece*. Propúsose, y lo consiguió, reunir ni más ni menos de *trece* jarras españolas, de maciza plata, sobredoradas, repujadas y cinceladas; *trece* bandejonos de plata también, de los siglos xvi, xvii y xviii; *trece* campanillas; y aspiraba á *trece* docenas de veneras de la Inquisición, que, según Nogués decía, juntaba sólo por tema, porque otro aficionado de esta corte le aseguró que ni media docena conseguiría reunir. Las veneras de la Inquisición, por más señas, son joyas encantadoras en su forma y primorosas en su hechura. Los emblemas del Santo Oficio — la rama, la espada, la cruz — se combinan en pedrería, sobre cristal de roca, esmalte verde, oro cincelado, plata — siempre diferentes; — se ve que las tales veneras constituyeron una coquetería del traje y una presea caballeresca.

En todo era Nogués español rancio. El día en que visité su colección no me ofreció el te fino y el *lunch* á la inglesa con que obsequiaba al marqués de Arcicollor, sino, á la aragonesa, mistela y orejones. Los libros de Nogués son realmente cajones de anticuario: se encuentra en ellos de todo, anécdotas á miles, detalles raros, incongruentes, rasgos de chistoso ingenio, crudezas y franquezas de verdadero soldado, un españolismo acérrimo, y más que nada la ostentación de una facultad preciosa que conservó Nogués hasta el último período de su robusta senectud: la frescura de la memoria. Nogués lo recordaba todo, y todo en el mismo plano, como se observa en esas tablas fiamecas donde los segundos términos están detallados con igual minuciosidad que los primeros. La memoria, en este grado, estorba para la composición literaria. La incoherencia que se nota en la curiosísima autobiografía de Nogués, consiste en que no hay penumbra de recuerdo, ni gradación de impresiones. Su memoria de acero no escogía.

EMILIA PARDO BAZÁN